

Compiladores

Laura Baca Olamendi

Isidro H. Cisneros

o **Los Intelectuales y
los Dilemas Políticos
en el Siglo XX**

tomo I



Triana
editores

Primera edición, mayo de 1997

© Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Sede México

© Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros

© Triana Editores

ISBN 968-7391-16-X

Diseño:

Mercedes Valle

Héctor Villanueva

Impreso en México

Printed in Mexico

Índice



INTRODUCCIÓN	11
I. LOS INTELECTUALES Y EL PODER	19
Las ironías de la victoria	21
Roger Bartra	
Los intelectuales y el poder	27
Federico Campbell	
Intelectuales y política	33
Norbert Lechner	
II. LOS INTELECTUALES Y LA CONSTRUCCIÓN DEL MUNDO CONTEMPORANEO	37
Benjamin: mesianismo y utopía	39
Bolívar Echeverría	
Angelus Novus. Una revisión biográfica de Walter Benjamin	61
Manuel Lavaniegos	

La categoría de la visión del mundo en Lucien Goldmann	73
Guillermo Delahanty	
Carlo Rosselli: el compromiso intelectual ante el liberalismo	85
José Fernández Santillán	
Max Weber: el sentido de la ciencia y la tarea de los intelectuales	101
Nora Rabotnikof	
Los intelectuales y la política en el pensamiento de Max Weber	123
Gina Zabłudovsky	
¿Ideólogos, sociólogos, políticos? Acerca del análisis sociológico de los procesos sociales y políticos en América Latina	141
Francisco Zapata	
La originalidad de América Latina. Una revisión a los problemas del subdesarrollo y la dependencia	161
Jaime Osorio	
(Re) construyendo la biografía intelectual de Fernand Braudel	173
Carlos Antonio Aguirre Rojas	
La relevancia de las contribuciones de Immanuel Wallerstein para las ciencias sociales latinoamericanas	215
Ricardo A. Yocelovsky	
Michael Foucault: "Microfísica del poder y control social"	235
María Inés García Canal	
Actualidad y saber en Foucault: la inquietud como filosofía del horizonte político	255
Raymundo Mier	

Tomo II

III. PARADIGMAS POLITICO-CULTURALES AL FINAL DEL SIGLO	277
Isaiah Berlin: el zorro	279
Sara Sefchovich	
Isaiah Berlin: la fuerza de las ideas	295
Julio Amador Bech	
Norberto Bobbio: repulsión y atracción entre política y cultura	309
Laura Baca Olamendi	
Hirschman y las retóricas de la intransigencia	325
Luis Salazar	
Ralf Dahrendorf: intelectuales, democracia y post-socialismo	343
Isidro H. Cisneros	
Raymond Aron: el historiador del presente	367
Soledad Loaeza	
Luhmann: de la sociedad, los hombres y las interacciones	387
René Millán Valenzuela	
Luhmann y Habermas: un debate sobre la modernidad	403
Blanca Solares	
IV. LAS EXPERIENCIAS POLITICAS E INTELECTUALES EN AMÉRICA LATINA	409
Intelectuales y política: nuevo contexto y nuevos desafíos	411
Norbert Lechner	

Partidos políticos y elecciones en la América Latina contemporánea	419
Marcelo Cavarozzi	
El debate intelectual y la genesis del TLC	433
Francisco Guerrero	
Las transformaciones del socialismo al umbral del siglo XXI	445
Ludolfo Paramio	
Los intelectuales y la política	461
Carlos Monsiváis	
Cuatro formas de experimentar la muerte intelectual	481
Roger Bartra	

Nuevos enfoques sobre un viejo problema

Introducción

I. Una discusión secular

Acerca del universo de los intelectuales no han sido pocos los estudiosos que a lo largo del siglo xx han tratado de definir su rol, su función o sus tareas de frente a la sociedad y la política. En este esfuerzo se han pretendido desentrañar no sólo los orígenes etimológicos del nombre, sino también las distintas *figuras de intelectual* que es posible identificar en los momentos históricos más variados. A este respecto, podemos encontrar una gama de interpretaciones sobre este problema durante el presente siglo, entre las que podríamos mencionar los estudios de Émile Zola (*Yo acuso*), de Julien Benda (*La traición de los sabios*), Romain Rolland (*Más allá de la contienda*), Paul Nizan (*Los perros de guardia*), Karl Mannheim (*Ideología y utopía*), pasando por las interpretaciones marxistas de Karl Kaustky (*Los intelectuales de frente al socialismo*) y Max Adler (*El socialismo y los intelectuales*), hasta llegar a las posiciones liberales de Raymond Aron (*El opio de los intelectuales*) así como a las del estudioso norteamericano Noam Chomsky (*Los nuevos mandarines*) y, en los últimos años, algunos teóricos del posocialismo como Michael Walzer (*El intelectual militante*), Wolf Lepenies (*Ascenso y declive de los intelectuales en Europa*) y Bernard Henry-Levy (*Las aventuras de la libertad*), por mencionar sólo algunas de ellas. Esta discusión colectiva ha estado orientada principalmente a explicar las particularidades que nos permiten caracterizar a estos *personajes de la razón*. La importancia del tema es ilustrada también por la interdisciplinariedad del esfuerzo que involucra a personajes del ámbito

Los intelectuales y la política en el pensamiento de Max Weber

Gina Zabłudovsky

A manera de introducción: las interpretaciones y los desafíos

Abordar el tema de los intelectuales en el pensamiento de Max Weber no es una tarea fácil. Son varias las causas que explican esta situación:

a) La primera de ellas tiene que ver –como lo ha señalado acertadamente Nora Rabotnikof– con el hecho de que la idea del intelectual *crítico* como antagonista del poder no se encuentra en Weber como tal.

b) Por otra parte, es importante tener presente que dentro de la vasta obra de Max Weber no se puede encontrar algún texto que tenga como propósito específico el análisis del perfil y de la función de los intelectuales en la sociedad. No existe ni siquiera un apartado de un estudio más amplio en el cual el autor nos presente alguna *tipología* de los intelectuales a la manera en que lo hace cuando aborda los conocidos tipos de dominación o las distintas éticas religiosas. Como también ha sido señalado por Rabotnikof, lo único que podemos encontrar en las distintas obras de Max Weber son algunas pistas para problematizar el tema.

c) Por las circunstancias arriba mencionada, para tratar adecuadamente esta cuestión no basta centrarse en uno o dos trabajos. Sin proponerse hacer un estudio o una caracterización de los intelectuales, de alguna u otra forma las referencias a ellos están presentes en toda su obra: en la sociología de la dominación, en la sociología de las religiones, en las consideraciones en torno a las relaciones entre ciencia y política, etc. Los intelectuales aparecen como científicos, burócratas, líderes carismáticos, mandarines o profetas.

Consecuentemente, para abordar el tema es necesario trascender las divisiones un tanto arbitrarias y rígidas que han encasillado la obra de Max Weber en función de las distintas especializaciones académicas: *textos históricos*, *escritos metodológicos*, *sociología económica*, *sociología política*, *sociología de las religiones*, etc. En realidad las preocupaciones económicas, políticas y religiosas de Max Weber están históricamente entrelazadas, la mejor evidencia de que así deben de ser consideradas viene del propio Weber quien, en un documento escrito en 1915, señala que los estudios comparativos sobre religiones están planeados para aparecer como complemento al capítulo sobre el tema incluido en *Economía y sociedad* (citado en Schluchter, 1979).¹

d) A las dificultades relacionadas con el rastreo de la caracterización de los intelectuales en la vasta obra de Max Weber se suma la diversidad de las sucesivas interpretaciones. Como lo señala Rabotnikof, a través de ellas hemos percibido desde un Weber que se constituye en un modelo de intelectual aséptico y apolítico que amputa toda dimensión crítica a la ciencia, hasta un Weber que representa la figura del intelectual que siente el llamado de la acción política y cuya función adquiere relevancia en términos de las posibilidades de alcanzar factibilidad y eficiencia.

Si bien es cierto que, en lo que respecta a la pluralidad de enfoques, el caso de Max Weber no es único ya que —como también lo apunta Rabotnikof— la distancia entre los textos clásicos y las coyunturas particulares siempre pueden ser muy grandes, yo me atrevería a afirmar que la producción del sociólogo alemán ha sido objeto de una mayor diversidad de interpretaciones. Los motivos que explican esta situación son de diversa índole y van desde las propias características de la obra hasta las formas de difusión, traducción y recepción de la misma. El análisis pormenorizado de las causas y circunstancias en las que se han dado las distintas lecturas rebasa los objetivos del presente trabajo. Sin embargo, para el tema que hoy nos ocupa, es importante recordar algunas de las que han tenido más influencia en nuestro medio. Como lo ha señalado

¹ Las interconexiones entre las explicaciones de orden político y las religiosas permean los últimos trabajos de Max Weber: el diagnóstico político se enriquece con el examen del peso cultural de lo religioso y, a la vez, los estudios sobre religiones se sustentan en el análisis de la situación política y económica (Alexander, 1983). En un trabajo previo abordó de una forma más detallada la importancia del análisis político en la *Sociología de las religiones* de Max Weber (Zabludovsky, 1993).

Luis Aguilar, en México y América Latina “la recepción de Max Weber estuvo marcada desde su comienzo por dos fuentes interpretativas: la de los traductores al español del Fondo de Cultura Económica y la del estructural-funcionalismo de Talcott Parsons. Sin embargo, el influjo de Parsons fue superior al de José Medina Echavarría, quien lamentablemente no llevó a cabo su promesa de realizar el intento de un ensayo sobre Weber, dejando abierta la puerta para la irrupción de la interpretación parsoniana” (Aguilar, 1984, p. 48).

El resultado fue una situación en cierto sentido paradójica. A pesar de que la edición en español de *Economía y sociedad* se publicó en nuestro país veinte años antes de la primera versión completa de la obra en inglés (1948 y 1968 respectivamente)² la interpretación de Weber estuvo más influida por la americanización que se llevó a cabo a través de Parsons.³ Se nos presentó consecuentemente a un *Weber funcionalista* vinculado con una pretendida *neutralidad valorativa* en términos de total despolitización y de un academicismo a ultranza. En este tipo de interpretación prevaleció una lectura unilateral del pluralismo histórico en función del carácter *sistémico* que acentuaba excesivamente los aspectos normativos y administrativos de la teoría weberiana para articularlos bajo una pretendida *cuestión del orden*. Por su propia fragilidad, esta lectura de Weber entró en crisis. “Los años sesenta y setenta caban su tumba del parsonizado Weber, del campeón de la sociología despolitizada y despolitizadora” (Aguilar, 1984, p. 50). Con el inicio de lo que fuera una fuerte ofensiva académica contra Parsons, algunos autores estadounidenses como Alvin Gouldner (1979) y Charles Wright Mills (1972) nos presentan a un Weber mucho más polémico y notoriamente interesado en las cuestiones políticas.

En el contexto mundial, la contestación del Weber parsonizado se puede fechar en 1964 con un evento convocado por la Sociedad Alemana de Sociología y que se llevó a cabo en Heidelberg para conmemorar el primer centenario de su nacimiento. Entre los presentes estaban académicos de gran prestigio como el propio Parsons, Reinhard Bendix, Karl Lowenstein, Wolfgang Mommsen,

² En 1948 bajo la iniciativa de José Medina Echavarría el Fondo de Cultura Económica publica la traducción de *Economía y sociedad*. En Estados Unidos la traducción de la obra es una tarea que Guenther Roth lleva a cabo hasta 1968.

³ En otro trabajo sobre la teoría sociológica en México he abordado algunas cuestiones relacionadas con el impacto de las traducciones en la comunidad sociológica de nuestro país (Zabludovsky, 1994).

lecturas en torno a la sociología de Max Weber que se hicieron en décadas previas. En sus obras encontramos una visión de síntesis que ha logrado incorporar distintas perspectivas y presentarlas con un discurso más ecuánime y sereno producto del abandono de la defensa apasionada de una sola perspectiva *verdadera* que como tal se consideraba única e irreconciliable.

Sin embargo, lejos de compartir todas las tesis de estos autores, considero que algunos de ellos como Habermas y Schluchter hacen una interpretación de la obra de Max Weber que parece empeñarse en presentarla como una teoría sociológica integral y unificada. En sus textos predomina una excesiva sistematización que –inspirada en la interpretación de Parsons– sugiere una aparente correspondencia entre los diferentes niveles sociales de la acción según las distintas esferas (la de la personalidad, la social y la cultural). A riesgo de hacer algunas aseveraciones que requerirían una reflexión más detenida sobre los trabajos de los diferentes autores, pienso que a menudo esta *interpretación armónica* de la obra de Max Weber sólo se logra mediante una exposición forzada, a través de cuadros sinópticos y resúmenes expositivos, que por una parte son de gran utilidad para aclarar algunos tópicos y pueden constituir un punto fundamental para construir una teoría propia (es el caso de Habermas en *La teoría del actuar comunicativo*), pero por otra parte atribuyen a Max Weber una congruencia interna que no es consecuente con la complejidad y las contradicciones presentes en toda su obra (Zabludovsky, 1993, pp. 124- 125). De hecho, son varias las ambigüedades que se pueden encontrar en el pensamiento de Max Weber. Muchos de los conceptos más importantes –como el de racionalidad, carisma, patrimonialismo, etc.–, no están tan claramente definidos como pretenden algunos de los weberianos. Por un lado, estas características de la obra de Max Weber, a las que se aúna la perspectiva teórico-metodológica relativista que guía sus análisis sociales y la pluralidad valorativa que explica la acción política, permiten encontrar una riqueza de pensamiento que lo ubica como uno de los pensadores antidogmáticos por excelencia, en el cual el lector puede encontrar constantemente nuevas posibilidades interpretativas. Sin embargo, por el otro, también es cierto que muchas contradicciones y ambivalencias se traducen en imprecisiones conceptuales que a su vez se reflejan –a menudo en forma exponencial por la falta de conciencia que se tiene sobre ellas– en los estudios que rescatan las ideas y la terminología weberiana para el análisis de situaciones concretas.

Las razones hasta aquí expuestas nos hacen evaluar en su debida dimensión los retos que conlleva el análisis de los intelectuales que Nora Rabotnikof lleva a cabo en su trabajo en el cual se plantea una sugerente interrogante: ¿Por qué incluir a Weber dentro de los pensadores que tratan la problemática entre los intelectuales y el poder si en su obra no encontramos una concepción del intelectual como antagonista del poder ni una caracterización explícita y sistemática de las diferentes funciones de los intelectuales en la sociedad? Esta pregunta que en tono provocador la autora parece dirigir a los organizadores de este seminario (o compiladores de estos ensayos) es en realidad asumida como una inquietud propia de tal forma que la búsqueda de una respuesta se constituye en el eje argumentativo de su trabajo. Para Rabotnikof, “las alternativas no parecen estar puestas en el desarrollo de una sociología de corte weberiano sobre los intelectuales sino fundamentalmente de otros dos aspectos: a) tratar a Weber como un modelo de intelectual, b) rescatar el modelo weberiano del científico social a través de las relaciones que el autor establece entre ciencia y política.

Sin embargo, a pesar de que la autora menciona estas dos alternativas, en realidad únicamente desarrolla la segunda. Por estas razón y con un ánimo complementario, he considerado conveniente incluir algunos datos sobre Max Weber que nos permiten apreciar su *lado humano* y obtener un perfil del *modelo de intelectual* a través de su vida académica y política. Con la intención de poder acercarnos al Weber de *carne y hueso* a continuación se hacen algunas anotaciones que permiten relacionar sus intereses intelectuales particulares con las propias circunstancias históricas y biográficas.⁶

Intereses políticos e intelectuales de Max Weber

Max Weber nace en Erfurt, Turingia, en abril de 1864, es el primogénito de cuatro hijos –uno de los cuales es el sociólogo de la cultura Alfred Weber– y cuatro hermanas (de las cuales dos murieron en la infancia). El padre de Max Weber (nacido en 1836) había estudiado derecho, trabajado para la alcaldía de Berlín y era editor de un seminario liberal. En 1863 se casa con la madre de

⁶ Entre las biografías sobre Weber destaca el estudio de Arthur Mitzman titulado *La jaula de hierro*, Alianza, Madrid, 1976.

Herbert Marcuse y Jürgen Habermas entre otros. "El resultado fue una repolitización del pensamiento de Weber y una reinterpretación en términos más históricos y realistas de sus temas metodológicos y teóricos, particularmente los de la neutralidad y racionalidad" (Aguilar, 1984, pp. 52-53; Parsons *et al.*, 1971). En América Latina sin embargo, estas reinterpretaciones sólo llegaron a tener influencia posteriormente. Durante los sesenta y setenta Weber paga el precio de la introducción parsonisada. Con el asentamiento y desarrollo de la hegemonía teórica del marxismo y de la teoría de la dependencia, el pensamiento de Max Weber sólo constituye una parte mínima de la currícula de las facultades de ciencias sociales y llega incluso a ser fácilmente encasillado como parte de una *sociología burguesa*. Como se sabe, este panorama se ha transformado drásticamente. La década de los ochenta se caracteriza por un cambio en las perspectivas de análisis. A diferencia de lo que ocurría anteriormente cuando la corriente marxista "afirma su presencia en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas, y en muchos países llega a convertirse en la corriente hegemónica en el plano universitario" (Marini, 1983), en los ochenta el marxismo entra en una severa crisis que se explica tanto por la nueva situación política mundial como a la orientación de intereses académicos que se manifiestan *desconfiados* de todo paradigma de carácter generalizador (Girola y Zabłudovsky, 1991). Los científicos sociales de la región se abren a nuevas alternativas teóricas. En México se difunde una innovadora lectura de la obra de Max Weber desarrollada por algunos académicos británicos como Anthony Giddens (1976) y David Beetham (1979) quienes rescatan y reconstruyen con mayor fidelidad la postura teórico-política del autor (Aguilar, 1984). El renovado interés por la sociología weberiana abre nuevas perspectivas para la discusión de viejos problemas de la práctica sociológica: la vinculación entre la ciencia y la política; el papel de los valores en el proceso de investigación; los problemas de la imparcialidad y objetividad científicas, y los criterios de construcción conceptual y su contrastación (Zabłudovsky, 1993).⁴

⁴ Entre los libros sobre la obra de Max Weber que se publican en México en la década de los ochenta están los siguientes: Luis Aguilar, *La idea de una ciencia social* (1989); Luis Cervantes y Francisco Galván (coordinadores), *Política y des-ilusión* (1984); *Max Weber: elementos de sociología* (1986, varios autores); Nora Rabotnikof, *Descanto político y democracia* (1989) y Gina Zabłudovsky, *La Dominación patrimonial en la obra de Max Weber* (1989).

Desde el punto de vista de la política, los lectores descubren preocupaciones que anteriormente habían permanecido *ocultas* y que adquieren una gran vigencia: ¿Cómo desarrollar nuevas formas de liderazgo creativas en una sociedad de masas estructurada con una organización burocrática que se convierte en una *jaula de hierro*? ¿Cómo lograr una actividad política que a la vez sea pasional y responsable? ¿Cuáles son los fundamentos de legitimidad de un régimen? (Zabłudovsky, 1989, p. 10). Hacia finales de la década de los ochenta las interpretaciones en torno a la obra de Max Weber presentan nuevamente un giro que se produce en gran medida por la difusión de la nueva lectura y revaloración de la obra de Talcott Parsons. Después de la notable influencia de este autor en la sociología de posguerra y de la atmósfera de rebelión contra su obra que se produce en los sesenta y setenta, el nuevo movimiento teórico desarrollado durante los últimos años ha reincorporado las aportaciones parsonianas incorporando —de una forma menos radical— los elementos de las distintas posiciones previas (Alexander, 1987). Desde perspectivas muy diversas, Niklas Luhmann y Jürgen Habermas en Europa y Jeffrey Alexander en Estados Unidos rescatan críticamente algunos planteamientos de Parsons como apoyo para el desarrollo de sus propias teorías.

Así, con el objetivo de fundamentar el *neofuncionalismo sociológico*, Alexander nos presenta una lectura de Weber en la que pondera el peso de los factores instrumentales y normativos y el alcances de las explicaciones de carácter pluricausal (Alexander, 1983). Por su parte, Jürgen Habermas en su influyente libro *La teoría del actuar comunicativo* (1981) interpreta el pensamiento de Max Weber rescatando tanto la visión crítica en torno a la racionalidad instrumental desarrollada previamente por algunos miembros de la Escuela de Frankfurt (en particular Horkheimer y Marcuse)⁵ como la teoría parsoniana sobre los sistemas y los subsistemas de acción. Como resultado de esta última, tenemos una interpretación sistémica de Weber que es compartida por otros académicos especializados en su obra como Wolfgang Schluchter (1979). Los puntos de vista desarrollados por estos autores son sin duda interesantes y enriquecedores y denotan una superación tanto de las fases de aceptación y de rechazo acrítico a la obra de Parsons como de las diferentes

⁵ En otro trabajo he desarrollado más ampliamente las críticas que estos autores hacen a la concepción de racionalidad en Weber (Zabłudovsky, 1984).

peculiar de las ciencias de la cultura. A diferencia de algunas interpretaciones positivistas y marxistas, Weber considera que no hay posibilidad de plantear leyes científicas de carácter universal: en las disciplinas de la cultura sólo podemos aspirar a descubrir ciertas *regularidades*. Weber considera que la realidad es pluricausal, infinita y contradictoria. Consecuentemente, la única forma de hacer ciencia social es construyendo *tipos ideales* que desde la perspectiva del sujeto enfatizan ciertos aspectos para poder presentar cuadros homogéneos lógicamente contruidos. Esta propuesta teórico-metodológica se desarrolla adoptando un punto particular frente a las relaciones entre sociología e historia, a las posibilidades de lograr la objetividad en las ciencias de la cultura y al papel específico de los valores en el proceso de investigación científica. Weber no comparte el rechazo a toda posibilidad de hacer ciencia social sustentado por las versiones más radicales del historicismo alemán y se preocupa por la forma de alcanzar la objetividad y la validez científica en el terreno propio de las disciplinas culturales.⁷

Como ya se ha señalado, lejos de ser una producción intelectual compacta y unitaria, la obra de Weber es amplia, controvertida y en ella es posible encontrar orientaciones muy diversas. A pesar de la dificultad de delimitar los temas más importantes dentro de esta producción —y de los riesgos que esto conlleva en términos de la rigidización del pensamiento weberiano— se pueden reconocer tres grandes áreas básicas de interés: la religión, el capitalismo y el poder (Marsal, 1978). Como se ve, estas preocupaciones se explican en parte por la propia biografía de Max Weber. De la inclinación paterna adquiere la vocación política y de la línea materna el interés religioso. Su preocupación por el estudio del capitalismo se explica quizá por su condición de alemán inserto en el momento de mayor crecimiento industrial de su país con cierto retraso respecto al de Europa (Giddens, 1976; Marsal, 1978; Mitzman, 1976; Zabłudovsky, 1988). La inquietudes de Weber en torno a los fenómenos religiosos responden en parte a sus propia percepción del mundo ya que considera que se trata de un conjunto paradójico en el que se da una lucha

⁷ Estas tesis se encuentran desarrolladas en los textos que han sido compilados bajo el nombre de *Ensayos de metodología sociológica* (Amorrotu, 1978). En este libro se encuentra también una interesante introducción de Pietro Rossi que analiza el pensamiento de Weber en relación a la de otros autores alemanes.

politeísta permanene entre valores últimos que no pueden decidirse racionalmente.⁸ En lo que respecta al capitalismo, Weber lo estudia en relación al tema más general en torno a la racionalización del mundo occidental.⁹ Sin embargo, a pesar de la importancia de las obras sobre religión y capitalismo, coincido con Marsal cuando afirma que “Weber es un autor que se deslumbró fundamentalmente por el poder político”¹⁰ (Marsal, 1978, p. 18).

La visión desencantada de la política

Para Weber la política representa constantes luchas por el poder en donde no se puede apelar a la libertad o a la bondad en un sentido universal. Se trata más bien de una *guerra entre demonios* que se orienta por la fe o por los valores de los diferentes actores en conflicto (Weber, 1979). Consecuentemente, el análisis de lo político debe desechar las ilusiones. Weber presenta así una visión desencantada del poder y considera que quien intenta poner fin al dominio del hombre por el hombre y superar las pugnas humanas a través de la política está alejado de la realidad. Su conocida definición del Estado moderno en función de la capacidad de reivindicar un área territorial concreta mediante el monopolio de la coerción física ejercida legítimamente es congruente con esta perspectiva. Preocupado por el porvenir de la dirigencia política de su país, Weber considera prioritaria la promoción del Estado nacional ya que de su futuro dependen las posibilidades de transformación de Alemania en una potencia industrial desarrollada. A su juicio, ni la decadente aristocracia ni la

⁸ Weber se concentra en el estudio de la ética económica de las grandes religiones universales con un enfoque que es congruente con su interés básico por entender el proceso de racionalización característico de Occidente desde una perspectiva metodológica que enfatiza unilateralmente uno de los aspectos de la compleja realidad social. Así, en sus obras sobre el tema se concentra fundamentalmente en el aspecto de la ética económica de las grandes religiones universales (Weber, 1981, 1987).

⁹ En los diversos escritos, el término racionalización adquiere una multiplicidad de significados. Sin embargo, es importante tener presente que en términos generales —lejos de involucrar ideas de justicia social— se trata de una racionalización de carácter *instrumental* vinculada con un proceso creciente de intelectualización, el consecuente *rompimiento con la magia* y la posibilidad de calcular los medios más apropiados para lograr un fin (Giddens, 1976; Weber, 1979; 1981, 1983; Zabłudovsky, 1984).

¹⁰ Weber rechazaba tanto los fundamentos del liberalismo clásico como del marxismo por considerar que no le daban a lo político la importancia adecuada (Giddens, 1976).

Weber, Hellen Fallenstein. En 1869 la familia se traslada a Berlín donde Max Weber padre es miembro del parlamento de diputados prusiano (1868-1869). En esta ciudad forma parte de un círculo de intelectuales y políticos y sigue la tradición probismarckiana dentro del partido nacional-liberal. En el hogar de Max Weber se desarrollan sólidos intereses político-intelectuales. Los encuentros y discusiones que el padre tiene con personalidades relevantes de la época constituyen un estímulo constante para la formación de los hijos. A pesar de su descendencia protestante por parte de ambas ramas familiares, Max Weber vivirá un constante conflicto provocado por la incompatibilidad entre el pragmatismo político de su padre y las actitudes piadosas de su madre que se guiaba por intereses espirituales y religiosos. Según algunos de sus biógrafos Max Weber se ve forzado continuamente a *decidir* entre estas dos éticas alternativas (Mitzman, 1976; Marsal, 1978; Wright Mills y Gerth, 1972; Zabłudovsky, 1988). Desde joven, Weber lee ávidamente a los clásicos, los griegos y los latinos. A los doce años conoce a Maquiavelo y antes de empezar sus estudios se adentra en el pensamiento de Spinoza, Schopenhauer y Kant. El hecho de pertenecer a un círculo intelectual privilegiado le da posibilidades de estudiar las lenguas indogermánicas y leer el hebreo y el ruso. Después de graduarse aprende italiano y español. A los diez y ocho años Weber ingresa a la Universidad de Heidelberg para –al igual que su padre– prepararse como abogado. Paralelamente, estudia historia –particularmente los temas relacionados con la historia económica y legal–, economía y filosofía.

1. Hacia 1884 Weber regresa a Berlín y en la universidad de esta ciudad asiste a una serie de conferencias sobre derecho e historia. A partir de esta experiencia, y de lo que percibe como demagogia excesiva y fines proselitistas de algunos docentes, empieza a preocuparse por la injerencia de los valores personales y partidistas en las cátedras científicas. Rechazando toda concepción vinculada con la *praxis*, plantea la necesidad de delimitar las áreas propias del político y las del intelectual y de diferenciar entre lo que a su juicio son meros *agitadores profesionales* y los *verdaderos académicos*. Sin embargo, aunque a primera vista parezca paradójico, Weber nunca propone –como algunos de sus intérpretes lo pretenden– una división tajante entre los valores y el trabajo científico. Si bien es cierto que considera deseable la separación entre ciencia y política, su perspectiva teórica-epistemológica reconoce y acentúa el papel de los valores como puntos de partida que permiten jerarquizar, clasificar, ordenar y seleccionar adecuadamente los objetivos de la investigación. La

obra de Weber cubre un gran número de temáticas: el arte, el derecho, la política, la religión y la economía para mencionar sólo algunas. Esta fructífera producción intelectual se ve favorecida por una combinación de circunstancias personales y sociales. Entre estas últimas vale la pena mencionar la situación de las universidades alemanas que, durante los años de paz (de 1870 a 1914), ofrecían amplias facilidades para el trabajo académico. En contraste con los profesores estadounidenses abrumados por tareas de enseñanza, en Alemania se disponía de un tiempo asignado a la investigación. Además, los debates político-intelectuales de la época crean una tensión intelectual única y estimulante. El peso de la tradición filosófica alemana y el impacto del marxismo y de las discusiones entre conservadores y socialistas (entre estos últimos pueden mencionarse figuras de la importancia de Kautsky y Bernstein) son algunas de las causas que explican por qué, en términos generales, los académicos alemanes no se restringen al estudio de una realidad social precisa y delimitada y se preocupan más bien por desarrollar una posición propia frente a los *grandes temas* y conceptos: el capitalismo, el Estado, el peso de los factores económicos, políticos y culturales en la transformación social, y a la forma de definir los distintos grupos sociales.

El contexto peculiar del desarrollo de Alemania y los debates en las universidades estimulan así a Max Weber en la búsqueda de explicaciones económicas, política y religiosas para el análisis de las grandes transformaciones sociales y el surgimiento de las instituciones modernas. Max Weber hace importantes contribuciones a la teoría de la estratificación social. Introduce –además de los factores económicos– los elementos de estatus y prestigio y busca explicaciones alternativas al materialismo histórico sosteniendo que las diferencias en los recursos políticos y culturales pueden llegar a ser tan importantes como las situaciones económicas y de clase. Como una gran parte de los intelectuales europeos de finales del siglo XIX y principios del XX, además de las corrientes marxistas y antimarxistas Max Weber establece un “diálogo casi obligado con el positivismo”. Recordemos que, a pesar de las críticas que entonces ya empiezan a aflorar, esta corriente representó a partir de Comte, la única perspectiva vinculada con un ejercicio propiamente sociológico. Como se sabe, Weber rechaza la pretendida similitud entre ciencias sociales y naturales que fundamenta la perspectiva positivista, y propone en su lugar una *sociología comprensiva* que como tal debe entenderse dentro del contexto propio y

burguesía o el proletariado habían mostrado capacidad para promover con éxito estos objetivos. Como para otros intelectuales y políticos de la época, la figura de Bismarck tiene un fuerte impacto sobre Max Weber. Admira el genio del canciller y sus esfuerzos exitosos para unificar Alemania, pero critica su poder ilimitado, su intolerancia ante los dirigentes políticos con una orientación independiente y el hecho de que se rodeara de burócratas débiles y dóciles. Weber considera que, como resultado del *legado de Bismarck*, en Alemania existe una burocracia centralizada incapaz para engendrar un liderazgo independiente y asumir las tareas nacionales (Giddens, p. 27). Obsesionado con la *burocratización del mundo*, piensa que se trata de un fenómeno imposible de frenar que lleva a la concentración del poder y a separar el ejercicio real del mismo de aquellos que están a su servicio (los burócratas propiamente dichos). La separación del funcionario de los medios de administración responde a una tendencia más general de la propia dinámica de la modernidad occidental en la que también se ha producido una separación del proletariado de sus medios de producción y de los derechos de propiedad de los ejércitos sobre sus medios de violencia.

La burocracia es para Weber simultáneamente la máxima expresión racionalizadora del mundo occidental y la *nueva servidumbre* de la humanidad. La *dictadura del funcionario* es el futuro del Estado moderno, y consecuentemente la alternativa marxista que propone un gobierno proletario previo a la extinción del Estado no puede ser viable. En este sentido Weber *profetiza* cuando sostiene que —lejos de disolverse— la amenaza de la burocracia se verá fortalecida en los regímenes socialistas (Weber, 1974 y 1982). El creciente poder de la burocracia sólo puede ser minimizado mediante la creación de estructuras democráticas que permitan elegir a los dirigentes más capaces. Desde esta perspectiva, Weber considera que la lucha parlamentaria es la vía más adecuada para oponerse a la fuerza despersonalizada de la burocracia y asegurar la elección de un liderazgo capaz de llevar a cabo las tareas nacionales (Rabotnikof, 1989; Weber, 1982, Zabudovsky, 1993a). Los únicos capaces de sacar a la administración burocrática de su letargo son los líderes apasionados que *viven para* la política y no los que *viven de la política*. A partir de esta diferenciación, Weber distingue entre los funcionarios administradores y los políticos. Mientras que los primeros son *burócratas imparciales*, los segundos están *al servicio de la causa* y se entregan a la política estableciendo un

compromiso que tiene fundamento en sus propias convicciones (Giddens, 1976; Rabotnikof, 1989; Weber, 1979).

El modelo del científico social: relaciones entre ciencia y política

Con base en las consideraciones anteriores, retomaré nuevamente el trabajo de Nora Rabotnikof en el cual se aborda la cuestión de los intelectuales a partir de las relaciones que se establecen entre la ciencia y los valores: como la propia autora señala, existen dos planos sumamente importantes en los cuales se despliega el pensamiento de Max Weber en torno a este tema: a) el propiamente científico, y b) el de las relaciones entre la ciencia y la vida, ciencia y política.

a) En el plano propiamente científico cobran importancia las nociones de *libertad valorativa* y *relación de valor*. Weber diferencia la realidad social de la sociológica, reformula las categorías kantianas, renuncia a la idea de totalidad y direccionalidad en la historia, contrapone la pluralidad al monocausalismo e introduce las nociones de *libertad valorativa* y relación de valor para definir la función de los valores como criterios de selección y ordenación de la investigación en las ciencias de la cultura. Así, lejos de estar ausentes como lo pretenden muchos de sus *intérpretes*, los puntos de vista subjetivos orientados por valores son los que de hecho hacen posible el ordenamiento de conceptos con validez científica. La exclusión de los valores del proceso de investigación se lleva a cabo en otro nivel, cuando se pretende formular juicios sobre medidas político-sociales y convertir los valores en normas para la acción. De forma contundente, Weber afirma que una ciencia empírica jamás puede decir a nadie lo que debe sino sólo lo que se puede o lo que se quiere y en cierto momento lo que se puede (Weber, 1978). La anterior afirmación nos lleva al análisis del segundo plano de la dimensión entre ciencia y valores, al de las relaciones entre ciencia y vida donde se desarrolla propiamente la política.

b) Relaciones ciencia-política. Weber considera que la pluralidad de valores y sentidos no puede ser conciliada ni por la ciencia ni por la política. La ciencia debe situarse en un nivel más modesto ya que no puede proporcionarnos respuestas últimas en torno a los motivos y fundamentos de nuestras acciones. En este sentido, Weber intenta delimitar los alcances de la

ciencia en un mundo guiado por una pluralidad de valores irreconciliables, donde la política entra en el ámbito del politeísmo. Lo que Weber parece tratar de mostrarnos es la imposibilidad de cientifizar la política. En la medida en que la política se desarrolla en el reino de los fines, y que éstos están orientados por valores irreconciliables, no se puede pretender hacer una defensa de posturas prácticas con argumentos de validez científica. En su relación con el quehacer práctico, la ciencia debe limitarse al terreno de los medios (logro de las metas, previsión, calculabilidad, etc.). La política se orienta por valores irreconciliables y el político orienta los fines de la acción por sus propias convicciones. Pero el buen político debe ser responsable, y ésto se logra cuando además del apego a las propias ideas, causas y valores, se toman en cuenta las consecuencias de los acción de tal forma que sea posible prever y calcular. La famosa diferenciación weberiana entre *ética de convicción* y *ética de responsabilidad* está basada precisamente en estas consideraciones. Sin embargo, conviene aclarar que lejos de manejarse como un binomio de opuestos irreconciliables, la ética de responsabilidad debe entenderse más bien como un complemento a la ética de convicción. En la medida que Weber concibe la lucha política como un enfrentamiento de pasiones y de fe estos elementos no pueden estar ausentes en el político que *vive para* (y no de) la política. En el momento en que así ocurriera, el político dejaría de actuar como tal y cumpliría una función con más semejanzas a las tareas propias del burócrata. Así el verdadero peligro no está en que se actúe por convicción sino en que *sólo* se actúe por ella poniendo un velo a todo ejercicio de la racionalidad que hace posible la medida y la acción política responsable.

Al respecto me parece importante enfatizar que no se trata de una antítesis entre dos éticas. A diferencia la contraposición burocracia-carisma que conlleva un claro antagonismo y exclusión entre los términos, considero que el binomio *ética de responsabilidad-ética de convicción* tienen más similitudes con el tipo de estrategia utilizado por Max Weber para definir otros conceptos en relación a la amplitud y los alcances de los mismos, de tal forma que las características del término más general también estén presentes en el que es más particular. La contraposición entre la ética de responsabilidad y la ética de convicción recuerda en este sentido a la oposición entre poder y dominación. Mientras el poder es la posibilidad de imponer la propia voluntad sobre otros independientemente del consentimiento de los mismos, la dominación es un

tipo de poder que conlleva obediencia y que es por lo tanto legítimo. Sin embargo, así como toda ética de responsabilidad implica también la convicción, toda dominación conlleva el ejercicio del poder.

La tipología de los intelectuales

Siguiendo las distintas pistas de los textos de Max Weber, Nora Rabotnikof propone una interesante tipología de los intelectuales: el funcionario, el técnico experto, el científico, el polemista y el interprete. Con sus sugerentes descripciones la autora hace una aportación a la sociología weberiana que debiera discutirse de manera pormenoriza en relación a las propias características de la obra de Max Weber señaladas más arriba. En la medida en que estos objetivos rebasan las posibilidades del presente trabajo, por ahora me limitaré a plantear dos cuestiones que a mi juicio deben ser incorporadas al debate futuro:

a) ¿Hasta que punto la idea de una separación tan clara entre los distintos tipos de intelectuales responde a una realidad propiamente occidental que no se problematiza, en el trabajo de Rabotnikof? La idea de separación entre el funcionario y el político es propiamente occidental. En sus estudios sobre las sociedades orientales el propio Weber muestra cómo el intelectual suele jugar un importante papel como aliado del poder. Lo anterior se evidencia en sociedades que no han alcanzado una separación entre las estructuras estatales y las religiosas, como fue el caso de China e India en cuyas dominaciones de tipo patrimonial y carismático resaltan las figuras intelectuales de los *literati* y los *brahmanes*. Consecuentemente, considero que la tipología debe ser reconsiderada a la luz del papel que los intelectuales han tenido en sociedades orientales y premodernas en donde —como ya lo había observado previamente Montesquieu— no hay una estructura jurídica autónoma ni una distinción entre las esferas de la política, la legalidad y la moral. Por la importancia de las contribuciones que Weber hace sobre el tema en su amplia obra sobre las religiones orientales es de fundamental importancia incorporar esta perspectiva.

b) La segunda cuestión que se debe tomar en consideración para el debate se relaciona con el hecho de que pese a la oposición constante y a la delimitación de las tareas del *político* y el *científico* Weber siempre enfatiza una coincidencia fundamental. En ambos casos, se trata de individuos

entregados a su trabajo con pasión y motivados fundamentalmente por la búsqueda de una realización personal. En la medida en que se mueven en el ámbito de la creatividad y de la libertad, sus actividades son claramente distinguibles de las experiencias rígidas y rutinarias que acompañan al desempeño burocrático. De ahí, que más allá de sus diferencias, en la medida en que se entregan *al servicio de una causa*, tanto el que vive *para la política* como el *científico por vocación* representan opciones esperanzadoras frente a la amenaza de la *jaula de hierro* de las dominaciones modernas.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Luis, 1984, "El programa teórico-político de Max Weber", en *Política y desilusión*, Luis Cervantes y Francisco Galván, coordinadores, UAM-UAP, México.
- Alexander, Jeffrey, 1983, *Theoretical Logic in Sociology*, vol. III, *The Classical Attempt at Theoretical Synthesis: Max Weber*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles.
- Alexander, Jeffrey, 1986, *Twenty Lectures, Sociological Theory Since World War II*, Columbia University Press, Nueva York.
- Beetham, David, 1979, *Max Weber y la teoría política moderna*, Centro de Estudios Constitucionales de Madrid, España.
- Cervantes, Luis y Galván, Francisco, *Política y desilusión*, UAM-UAP, México.
- Girola, Lidia y Zabłudovsky, Gina, "La teoría sociológica en México en la década de los ochenta", en *Sociológica*, año 6, núm 15, UAM-Azcapotzalco, México.
- Galván, Francisco, Girola, Lidia *et al.*, 1986, *Max Weber, elementos de sociología*, UAM-UAP, México.
- Giddens, Anthony, 1976, *Política y sociología en Max Weber*, Alianza, España.
- Gouldner, Alwin, 1979, "El antiminotauro, el mito de una sociología libre de valores", en *La sociología actual: renovación y crítica*, Alianza Universidad, España.
- Habermas, Jurgen, 1981, *The Theory of Communicative Action, Reason and the Rationalization of Society*, Beacon Press, Boston.
- Marini, Ruy Mauro, 1983, "Razón y sinrazón de la sociología marxista", en *Teoría marxista de las clases sociales*, Cuadernos de Teoría y Metodología, UAM-Iztapalapa, México.
- Marsal, Francisco, 1978, *Conocer a Max Weber y su obra*, España.
- Mitzman, Arthur, 1976, *La jaula de hierro*, Alianza Editorial, Madrid España.
- Parsons, Talcott *et al.*, 1971, *Presencia de Max Weber*, Nueva Visión, Argentina.
- Rabotnikof, Nora, 1989, *Desencanto, política y democracia*, UNAM, México.
- Schluchter, Wolfgang, 1979, *Max Weber Vision of History*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles.
- Weber, Max, 1974, *Economía y sociedad*, FCE, México.
- , 1978, *Ensayos de metodología sociológica*, Amorrortu, Argentina.
- , 1979, *El político y el científico*, Alianza Madrid.
- , 1981, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Premiá, México, D. F.
- , 1982, *Escritos políticos*, Folios, México.
- , 1987, *Ensayos de sociología de la religión*, Taurus, Madrid.
- Wright, Mills, Charles y H. Gerth, 1972, "Introducción", en *Max Weber, ensayos de sociología contemporánea*, Editorial Martínez Roca, España.
- Zabłudovsky, Gina, 1984, "Racionalidad formal y racionalidad material: Max Weber y el pensamiento neoconservador", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* núm 117-118, México.
- , 1988, "Max Weber", en *La sociedad a través de los clásicos*, UNAM, México.
- , 1989, *La dominación patrimonial en la obra de Max Weber*, FCE-UNAM, México.
- , 1993, *Patrimonialismo y modernización, poder y dominación en la sociología del Oriente de Max Weber*, Fondo de Cultura Económica-UNAM, México.
- , 1993a, "Autoridad, democracia y liderazgo, una revisión teórica", en *Estudios* núm. 34, Instituto Tecnológico Autónomo de México, México.
- , 1994, "Reflexiones en torno a la teoría sociológica en México: los nuevos retos", en *La sociología contemporánea en México, perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, Juan Felipe Icaal y Alfredo Carreño, coordinadores, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.